

UN COMIENZO

Jonas Nighingale

Elena levantó la cabeza y cerró los ojos dejando que llovizna que empezaba a caer le mojase su rostro. Era algo que le había encantado desde niña. La relajaba. Después de unos minutos, su estómago volvió a incordiarla. Su hija Aura, de quince meses, dormía con la tranquilidad de quien se sabe la salvo. Elena se levantó y se acercó al puesto de comida con su estomago rugiendo.

“¿Cuánto vale un perrito completo?” –Musitó Elena con voz inaudible.

“Tres euros” –Dijo la mujer lentamente mientras disimulaba mirando hacia otro lado tras darse cuenta del tremendo hematoma que surcaba el rostro de Elena.

Contó sus monedas. Dos veces. Después, con la cabeza agachada y voz queda habló a la dependienta.

“¿Y solo el pan y la salchicha?” –Dijo mientras notaba como le subía el color a su amoratado rostro.

La dependienta se calló y puso su mano abierta. Elena le dio las pocas monedas que le quedaban. Tras prepararle el perrito se lo dio a Elena, que casi antes de cogerlo ya se lo había comido. Llevaba dos días sin comer. Cuando ya se iba a marchar, con su estomago todavía en pie de guerra, la mujer la llamó Elena.

“Perdona, se te olvida la vuelta” –Dijo la mujer, que tras salir del puesto se acercó a Elena y a su carrito y mientras la abrazaba le metió en el bolsillo de la chaqueta sesenta euros. A Elena se le saltaron las lágrimas. La mujer le acarició el rostro con la dulzura con el que solo acarician las madres, le besó la frente y se volvió a meter en su puesto de comida. Elena se giró, se secó las lágrimas y se fue empujado su carrito, sintiendo que en su nueva vida por fin podría empezar a vivir sin miedo.